

En la estela de Marx: filosofía y ciencia social

Posted on 26 de abril de 2017 by Félix Ovejero Lucas

En algún lugar, cuando la epidemia maoísta se propagó entre los intelectuales parisienses, Philippe Sollers dejó escrito que el marxismo-leninismo «era la única ciencia social». Sollers lo ignoraba todo sobre ciencia social y, por lo que le leí, casi todo sobre marxismo. Pero no estaba solo en aquellos años. Lo ilustra bien la historia de la tesis doctoral de Jon Elster, uno de los más competentes conocedores de la teoría social contemporánea. En 1968 acudió a París con la intención de que Louis Althusser le dirigiera su tesis doctoral, un intento de valorar la obra de Marx a la luz del conocimiento disponible y de la filosofía de la ciencia. No necesitó mucho tiempo para caer en la cuenta de que el marxista más famoso de la época no era su mejor mentor. Acabó defendiendo la tesis, *Production et reproduction. Essai sur Marx*, en 1972 ante Raymond Aron, su director, y Raymond Boudon, uno de los mejores sociólogos matemáticos; ambos liberales, si hay que adscribirlos ideológicamente. En todo caso, dos raros en aquel París. Son años en los que Elster también se familiariza con la economía normativa de la mano de Serge-Christophe Kolm, un marxista singular, con importantes contribuciones a la teoría de la justicia mediante herramientas de la moderna ciencia económica. Una década más tarde, aquella tesis cristalizaría en su *Making Sense of Marx*, obra que condensaba mejor que ninguna lo que será el programa del llamado marxismo

analítico, una tasación de la obra del judío de Tréveris con la filosofía más exigente y la teoría social mejor contrastadaJon Elster, «Going to Chicago», en *Egonomics. Análisis de la interacción entre racionalidad, emoción, preferencias y normas sociales en la economía de la acción individual y sus desviaciones; y el relato autobiográfico «Going to Chicago*», trad. de Irene Cudich, Barcelona, Gedisa, 1997; Roberto Gargarellay Félix Ovejero, «The road toward disillusion: explanations, predictions, and prescriptions in the work of Jon Elster», en Claudio López-Guerra y Julia Maskivker (eds.) *Rationality, Democracy, and Justice. The Legacy of Jon Elster*, Cambridge, Cambridgde University Press, 2015, pp. 3-20.. La historia ha de completarse recordando que, años después, Althusser escribiría una suerte de autobiografía intelectual en la que reconocía que, en aquellos días, cuando señoreaba el marxismo europeo, tenía una cultura filosófica «de oídas» y que buena parte de su labor intelectual había sido fraudulenta, que era «todo artificios e imposturas, y nada más, un filósofo que no conocía nada de historia de la filosofía y casi nada de Marx». El mismo filósofo que había convertido en programa intelectual mostrar el carácter científico del marxismo acabaría declarándose un «ignorante total, tanto de Carnap, Russell, Frege, en consecuencia del positivismo lógico, como de Wittgenstein, y de la filosofía analítica inglesa»Louis Althusser, *El porvenir es largo*, trad. de Marta Pesarrodona, Barcelona, Destino, 1992, pp. 235 y 196-197., esto es, de las bases elementales de la filosofía de la ciencia.

El problema no era él. Tampoco, aunque un poco sí, como el mismo Althusser confesaba, esa «Francia, como siempre ignorante de todo lo que se hace más allá de sus fronteras»*Op. cit*., p. 235. o, en el más ajustado diagnóstico, al menos geográficamente, de Pío Baroja (en 1925) de ese París que «necesita cada tres o cuatro años explotar una nueva forma literaria y lanzarla como quien lanza al mercado unas píldoras o un cinturón eléctrico»«Prólogo casi doctrinal sobre la novela», *La nave de los locos*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 72.. El problema era previo. Bueno, en realidad eran muchos los problemas, pero, entre ellos, el más destacado –si nos interesa la trama de las ideas– era el insensato propósito de acompasar filología y ciencia, de cuadrar dos lealtades: a los textos de Marx y a las reglas de la ciencia. Dos objetivos con serios problemas de compatibilidad, al menos en sus estrategias de fundamentación: la fidelidad filológica se calibra mediante la cita de autoridad; la solvencia científica, por los cánones convencionales de la lógica y la empiria. El segundo objetivo, de suyo, comporta la caducidad de las tesis a la luz de nuevos desarrollos o descubrimientos; el primero, al modo en que sucede con los textos religiosos, no es susceptible de revisión: si acaso, de reinterpretación.

Desde cierta perspectiva, *En bruto* supone un arqueo crítico con esas herencias. Su autor, César Rendueles, forma parte de las voces filosóficas radicales que, en la estela del 15-M y, sobre todo, de la aparición de Podemos, han hecho acto de presencia en el mundo editorial.

Buena parte de la producción no ha pasado de ser un reciclaje de materiales que, en el mundo académico, dejaron de suscitar interés –si alguna vez lo suscitaron– hace ya bastante tiempoSi acaso, como ha sucedido con el populismo (o el nacionalismo), el rebrote académico ha sido por su reaparición política, como fenómeno empírico necesitado de explicación, antes que porque se haya desatado una defensa normativa, una reivindicación de sus fundamentos, como filosofía política.. No siempre se trata de autores jóvenes ni, menos aún, de renovados puntos de vista, de reflexiones atentas a nuevos productos intelectuales o a nuevas propuestas institucionales. Con todo, hay algunas excepciones. Es el caso, por ejemplo, de José Luis Moreno Pestaña, con sus reflexiones sobre el sorteo como mecanismo democrático y, muy especialmente, del autor del trabajo aquí comentado. César Rendueles se ha ocupado de nuevos asuntos con nuevas herramientas (el espejismo digital en *Sociofobia*) o de asuntos de siempre con nuevas perspectivas (el capitalismo con el análisis de la ficción literaria en *Capitalismo canalla*). En el libro que nos ocupa vuelve al más clásico de los temas y con una tesis fuerte: una defensa del marxismo. Lo hace, eso sí, con una atención a la producción académica reciente. Del marxismo, conviene aclarar, como teoría social y, si se quiere, como filosofía social, no como filosofía política, en su dimensión crítico-normativa, moral.

Con mucha gracia, al principio de su ensayo, Rendueles, para ilustrar aquella patológica atmósfera, acude a una copla que escuchaba de niño en su casa: «el marxismo es una ciencia y no verdades de fe». Si no me equivoco, el fandango completo era: «Conciencia / ay mare cuánta conciencia / hace falta para ver / que el marxismo es pura ciencia / y no verdades de fe / ajenas a la experiencia». La copla, muy bien traída, describe ajustadamente el espíritu doctrinal que nutriría a aquel ambiente intelectual. Un espíritu que, como recuerda el autor, se cultivaba en dos géneros: el filosófico y el científico-social, el materialismo dialéctico (también conocido como *diamat*) y el materialismo histórico. Aunque la mayor parte de la atención del autor se concentra en el segundo, entretiene una parte del libro en recordarnos el despropósito del primero. Un despropósito con un eco muy prolongado. Y es que, si se piensa bien, no deja de resultar llamativo que buena parte –si no la mayor parte, que habría que comprobarlo– de las producciones sobre Marx las facturen los filósofos, como es el caso del propio Rendueles. Marx es un «clásico» presente tanto en las facultades de ciencias sociales como en las de filosofía. Algo bastante excepcional. Podía haber sucedido algo parecido con John Stuart Mill y, más tarde, con Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o Amartya Sen, pero no sucedió; al menos, no con tal magnitud. En lo que sigue intentaré reconstruir esa herencia y hacer un balance obligadamente parcial a partir del ensayo de Rendueles, en particular de un doble guion que lo vertebra, y que resume en el prólogo Manuel Cruz: «la desconfianza en la capacidad científica de las ciencias sociales (y) la convicción de la potencia, conceptual y política, del materialismo histórico». Concentraré mi

reflexión en la filosofía, el materialismo dialéctico, una filosofía «general» de la naturaleza y en la teoría social, el materialismo histórico. Para terminar, me detendré en algunas de las ideas sobre las ciencias sociales que sostienen la argumentación de Rendueles.

El materialismo dialéctico

Comenzaré por lo más desalentador e indescifrable, el territorio filosófico donde se concentraron los mayores doctrinarismos: el materialismo dialéctico. En trazo grueso, equivalía a conjugar una metodología dialéctica con una ontología materialista. Esta última queda elementalmente ejemplificada en la conocida apreciación de Marx en su prólogo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*: «No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia». Más en general, el pie materialista vendría a decir que no hay otra realidad que la material, la única que admite propiedades y experimenta cambios, el sustrato último y explicación de cualquier fenómeno o experiencia.

El otro pie, el dialéctico, no es tan fácil de resumir. Pero hay que intentarlo, aunque sólo sea porque el autor de *El capital*, que nunca habló de «materialismo dialéctico», sí usó –y hasta con cierto orgullo– la fórmula «método dialéctico». Para describirlo, es costumbre acudir a una metáfora sugerida por él mismo: «darle la vuelta a la dialéctica de Hegel en clave materialista». La metáfora, tan eficaz como imprecisa –pues no se sabe muy bien en qué consiste eso de «darle la vuelta» a un método–puede interpretarse, con buena disposición, como la búsqueda de explicaciones que capturen las «leyes internas de desarrollo» de las cosas, en un sentido parecido a como se da cuenta del crecimiento de mariposa a partir de una larva, para seguir con el género poético. En algún sentido, para Hegel, la mariposa es la concreción del huevo y, a la vez, está contenida conceptualmente en él. El desarrollo histórico, temporal, que conduce de uno a otra, equivaldría a convertir en realidad (a concretar) lo que antes sólo era idealmente, a actualizar su potencia. Pero se trataría de una potencialidad en sentido fuerte, no como la piedra es potencialmente una estatua, sino como el feto es potencialmente un bebé. Bueno, en realidad, la ambición era aún más fuerte: que esos procesos materiales, temporales, sean como los lógicos, deductivos. La potencialidad sería todavía más fuerte que la del feto, sería como la que nos permite decir que el teorema de Pitágoras está contenido en los axiomas de Euclides, como la conclusión «Pedro es mortal» está contenida en las premisas «"Todos los humanos son mortales» y «Pedro es humano».

El autor de *El capital* nunca habló de «materialismo dialéctico». Sí usó –y hasta con cierto orgullo– la fórmula «método dialéctico»

La explicación, en esas condiciones, sería una reconstrucción isomórfica con ese despliegue del ser. La explicación dialéctica nada tendría que ver con lo que normalmente entendemos en ciencia como deducción o compatibilidad de la teoría con los datos, sino con una suerte de reproducción en el plano de las ideas de la propia evolución del objeto, cuyo «desarrollo» interno –y necesario– capturaría la «teoría». El curso de la historia que, normalmente, asociamos a tramas causales (el tipo de relación que mantienen mi esfuerzo de ayer con mis agujetas de hoy) vendría a ser necesario (el tipo de relación que mantienen las premisas de una deducción con la conclusión: si A es mayor que B, entonces B es menor que A). En ese sentido, exagerado, podría decirse que la lógica se superpondría con el curso de la historia en un proceso en el que cada secuencia sigue a la anterior mediante su negación y superación, mediante contradicciones dialécticas: el huevo encontraría su negación en la larva; la larva, en la crisálida; y la crisálida, en la mariposa.

El espeso tremedal recorrido en los párrafos anteriores no es fácil de transitar sin anfetaminas. Quizá puede resultar inteligible a un idealista de la vieja escuela que participe de la convicción de que el ser (ese que se desarrolla) es de la misma naturaleza que la Idea: si no hay más que una cosa, la Idea, la explicación de esa cosa tiene que ser interna a ella misma, tiene que ser la exposición de su desarrollo. Para cualquier otro lector, estamos ante una indescifrable fanfarria que se nutre de una serie de confusiones y empeños imposibles, comenzando por la aspiración a una extravagante identidad entre la teoría y lo que quiere explicar: la realidad. Así, una buena teoría sobre la alimentación, antes que consistente, informativa, parsimoniosa, debería ser nutritiva, sazonada, digestiva, baja en calorías o congelable. No es la única rareza: la idea de contradicción nada tiene que ver con la contradicción lógica, con la operación (lógica y lingüística) de negación de una proposición, según la cual la negación de «este organismo es una larva» (p) es «este organismo no es una larva» (~p). La «contradicción dialéctica» es cualquier cosa menos precisa: unas veces se refiere a reflexión, otras a oposición o, incluso, a la simple distinción de conceptos. En su sentido más general, vendría a ser una suerte de contraposición material, de modo que la contradicción de «este organismo es un huevo» sería «este organismo es una larva» (con más detalle: la secuencia huevo-larva-crisálida-mariposa sería un ejemplo de sucesivas negaciones/contradicciones/superaciones). Obviamente, el proceso de «negación dialéctica» resulta bastante arbitrario, pues, mientras todos sabemos que la negación lógica del enunciado «esta es mi casa» (p) es el enunciado «esta no es mi casa» (~p), no se ve porque la negación dialéctica de larva es mariposa (y no larva muerta o cualquier otro estado de la larva).

Naturalmente, como suele suceder cuando la poesía se pone al mando, el programa condujo a verdaderos disparates intelectuales. Pretendían obtenerse unas supuestas leyes generales

de la naturaleza, ontológicas. «Una ciencia de las leyes generales del movimiento y la evolución de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento», por decirlo con Friedrich Engels en uno de los pasajes más desaforadamente entusiastas del *Anti-Dühring*. Ahí es nada: leyes no referidas a una investigación en particular (termodinámica, herencia, electromagnetismo), sino leyes, en general, por encima –o como fundamento– de las leyes normales de las ciencias normales. Por desgracia, con el tiempo, los disparates no sólo fueron intelectuales. Y es que, por su propia condición, tan «fundamental», a tales «leyes» se les otorgaba un estatus desmedido, incluso fiscalizador de la ciencia, y hasta de la vida. De modo que cuando los doctrinales se hicieron con el poder no dudaron en utilizarlas para decidir la solvencia de genuinas teorías científicas, como sucedió cuando la agricultura soviética apostó en contra de la buena ciencia genética y a favor de las tesis ambientalistas, lamarckianas, de Trofim Lysenko, supuestamente mucho más acordes con el *diamat* y, sobre todo, con las aspiraciones regeneracionistas del socialismo soviético: si las variedades de trigo, expuestas a las duras condiciones ambientales de Siberia, se habían podido «reorientar» hasta adaptarse, ¿por qué no esperar lo mismo de unos humanos egoístas poco dúctiles a los principios del socialismo? ¿Por qué no esperar en la mejora, por medio de la educación, de la especie humana?Seguramente, la Genética fue una de las disciplinas científicas en las que las batallas de la Guerra Fría resultaron más encarnizadas. La reacción contra Lysenko tenía sólidos avales empíricos, pero no fue menos ideologizada, en particular en Estados Unidos, de la mano de un anticomunismo primitivo. Realmente constituye un experimento natural de los sesgos ideológicos en la ciencia. Véase William deJong-Lambert, *The Cold War Politics of Genetic Research. An Introduction to the Lysenko Affair*, Dordrecht, Springer, 2012. El propio J. B. S. Haldane, seguramente el genetista más importante de la época, se dejó llevar por sus convicciones comunistas, y no dudó en apoyar a Lysenko en público, aunque en privado, en las reuniones de partido, sostenía lo contario. Véase Diane B. Paul, «A War on Two Fronts: J. B. S. Haldane and the Response to Lysenkoism in Britain», *Journal of the History of Biology*, vol. 16, núm. 1 (primavera de 1983), pp. 1-37.

El tamaño de la locura no puede minusvalorarse. Desde cierta perspectiva, suponía desandar el camino iniciado con la revolución científica, un retorno a la escolástica tardomedievalCuando, por ejemplo, los problemas científicos se abordaban en el marco de discusiones filosóficas, de modo que, por ejemplo, la noción de aceleración era formulada dentro de discusiones sobre «la intensificación y disminución de formas y cualidades». Véase Rod W. Home, «The Notion of Experimental Physics in Early Eighteenth-Century France», en Joseph C. Pitt (ed.), *Change and Progress in Modern Science*, Dordrecht, D. Reidel, 1985, pp. 107-132. La estrategia argumental consistía, por ejemplo, en recordar que las teorías empíricas son siempre inseguras, que a lo sumo establecen relaciones causales, en ningún caso necesarias, infalibles. Y si no eran necesarias, se añadía, eran artificios, eficaces

predictivamente, en el mejor de los casos, pero, en todo caso, lejanas de conocimiento divino.. Como entonces, para los fervorosos defensores del *diamat*, si la teoría empírica no encontraba «fundamento» filosófico irrebatible, se descartaba. Con ese estilo mental, que en siglo XIV había esterilizado la incipiente ciencia de las universidades de Oxford y París, rompió, implícitamente, la revolución científica del XVI, la de Galileo, y, explícitamente, Kant, al invertir el guion: la ciencia es lo prioritario, lo fundamental, y lo fiable; la filosofía, si acaso, llega más tarde y camina insegura, midiéndose con la ciencia. Sobre el trasfondo de una ciencia que funciona, con sus propios avales lógicos y empíricos, tasamos la calidad de nuestras conjeturas filosóficasAsí lo admiten incluso historiadores de la ciencia que intentaron subrayar la continuidad entre la ciencia medieval y la galileana, como A. C. Crombie, quien reconoce que la ciencia medieval era "metodología ilustrada" antes que otra cosa, cf. *Historia de la ciencia. De San Agustín a Galileo*, trad. de José Bernia, Madrid, Alianza, 1974, vol. II, p. 29.. La filosofía no decide en ningún caso la calidad de la ciencia. Sencillamente, no hay ninguna reflexión fundamental, absoluta, externa a la propia ciencia, en la que fundar el conocimiento. Con la eficaz imagen, ya clásica, de aquel marxista miembro fundador del Círculo de Viena, esto es, de la mejor concentración de filósofos por unidad de superficie que ha conocido la historia, Otto Neurath: la ciencia es un barco en perpetua navegación que, ante sus retos, debe apañarse con sus propios materiales, siempre en mar abierto, sin encontrar una tierra firme, unos astilleros trascendentales, un «más allá» en el que asegurarse para siempreY que la academia tardó en reconocer en su exacto valor: Nancy Cartwright, Jordi Cat, Lola Fleck y Thomas E. Uebel, *Otto Neurath. Philosophy between Science and Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996. Para lo que aquí se destaca, la desconfianza respecto a las fundamentaciones trascendentales, véanse las páginas131-142..

Hecha la advertencia, destacado el disparate, no está de más añadir que, en el caso de Marx, la aspiración (dialéctica) a que la propia teoría «reproduzca» (el curso de) lo que explica está en el origen, además de farragosas páginas –como en el primer volumen de *El capital*– que complicaban insensatamente la presentación de teorías perfectamente formulables con los procedimientos habituales de la cienciaComo lo harán, destacadamente, economistas matemáticos como Michio Morishima, en *Marx's Economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, o, ya menos comprometido con la fidelidad a Marx, Richard M. Goodwin, *Chaotic Economic Dynamics*, Cambridge, Cambridge, University Press, 1990., de parciales hallazgos metodológicos que han podido resultar de provecho en distintas disciplinas. Sucedió, por ejemplo, en el caso de la biología de la primera mitad del siglo XX, cuando algunos investigadores de primera línea buscaron en algunas tesis dialécticas (evolución, emergencia, el todo es más que la suma de las partes) una guía heurística con la que ordenar su mirada sobre la naturalezaPreeminentemente, J. B. S. Haldane, uno de los

fundadores de la genética de poblaciones, en «A Dialectical Account of Evolution». Hay otra línea, que tomaría su punto de partida en la clásica investigación de D'Arcy Wentworth Thompson, *On Growth and Form*, Cambridge, Cambridge University Press, 1942. Este, en lugar de buscar la explicación de los procesos biológicos en los mecanismos bioquímicos a través de los cuales se desarrollan los organismos, trató de entenderlos a partir de las consecuencias que se desprenden del hecho de que se desarrollen en un espacio tridimensional con unas propiedades geométricas y topologías determinadas. Por aquí reaparecerá otra biología «dialéctica»: véase Richard Levins y Richard Lewontin, *The Dialectical Biologist*, Cambridge, Harvard University Press, 1987. En cierto modo, se trataba de sustituir a la ontología mecanicista de átomos y fuerzas que durante el siglo XIX había proporcionado pautas a los científicos en sus preguntas y respuestas (Arnold Thackray, *Atoms and Powers*, Cambridge, Harvard University Press, 1970). A todos los científicos, también a los científicos sociales, especialmente a los economistas.. De hecho, andando el tiempo, algunas de esas tesis, al hilo de distintos desarrollos lógicos y matemáticos (teoría de conjuntos borrosos, lógicas paraconsistentes, «lógica de las paradojas», etc.) alcanzarían precisión y, de la mano de unos pocos, darían pie a formalizaciones de tesis ontológicas no desprovistas de cierto interésAl menos, se hicieron inteligibles. En el parecer de tales investigadores, se correspondían con procesos materiales con interesantes propiedades: véase Graham Priest, *In Contradiction*, Oxford, Oxford University Press, 2006 (ed. orig., 1987). En general, estos desarrollos admiten la contradicción como fórmula válida del sistema. Pero hay diversidad de perspectivas. Algunos se inspiraron en lógicas paraconsistentes (las de la relevancia, o la de Newton da Costa). Otra variante, como la desarrollada por Lorenzo Peña –que pertenece a la familia de lógicas borrosas, *fuzzy*, fundada por Lotfi A. Zadeh– conciben las contradicciones reales como aquellas situaciones en las que un estado de cosas sólo tiene una existencia parcial (véase Lorenzo Peña, *Fundamentos de ontología dialéctica*, Madrid, Siglo XXI, 1987.. No cabe ignorar que existen procesos materiales que, por decirlo con el viejo léxico, avanzan «negándose a sí mismos», que su desarrollo se alimenta de sus propias dinámicas contradictorias. Es el caso de los descritos por Nassim Taleb como antifrágiles, como, por ejemplo, aquellos que se resumen en la apreciación del ciego en el Lazarillo de Tormes, según la cual «lo que te enfermó te sana y da salud», esto es, la enfermedad como un método controlado de curación: las vacunas víricas o bacterianas; dosis limitada de veneno como antídoto preventivo; exposición a una enfermedad para curar otra (la infección de malaria para curar la sífilis, muy común hasta los años veinte)Nassib Nicholas Taleb, *Antifrágil. Las cosas que se benefician del desorden*, trad. de Genís Sánchez Barberán y Albimo Santos Mosquera, Barcelona, Paidós, 2012. La idea es que el principio de no contradicción no es incondicionalmente verdadero en los sistemas reales.. Tampoco cabe ignorar, en el activo, que Marx, como investigador social, encontró en Hegel, en el Hegel de «lo verdadero es lo completo», un modo de vertebrar intuiciones

metodológicas propias de la historiografía: en particular, la idea de abordar el conocimiento de lo concreto con afán totalizador, integrador, multidisciplinar, como una composición de las abstracciones proporcionadas por las distintas ciencias especiales. Una sensata consideración que conviene recuperar de vez en cuando ante la recurrente tentación de «explicar» el menor acontecimiento histórico a partir de los genes, la estructura de derechos de propiedad, el neocórtex frontal, cuando no el carácter nacionalManuel Sacristán, «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia», en *Sobre Marx y marxismo. Panfletos y materiales I*, Barcelona, Icaria, 1983, pp. 317-367..

Y poco más. El énfasis en el otro pie del *diamat*, en la ontología, en el «materialismo», a estas alturas, importa poco. En realidad, su prolongado eco en la tradición marxista, sobre todo, es responsabilidad de un Lenin que, con un desprecio militante por el matiz«Los filósofos profesionales son muy propensos a denominar sistemas originales las modificaciones minúsculas, que unos u otros de estos filósofos profesionales introducen en la terminología o en la argumentación», Vladímir Ilich Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1948, p. 128., se enredó en discusiones que le desbordaban; sin ir más lejos, nada menos que con Ernst Mach, un verdadero gigante científico y filosófico, a quien, por urgencias políticas difíciles de entender en nuestros días, se sintió en la necesidad de incluir en el mismo lote «idealista» que George Berkeley: para todos ellos, la realidad consistiría únicamente en la mente y sus ideasEn ese sentido, Lenin añadiría sus desvaríos materialistas a los desvaríos dialécticos de Engels. Para muchos marxistas (György Lukács, Lucio Colletti) o no marxistas (Leszek Ko?akowski), Engels malbarató a Marx. Seguramente nadie ha llegado más lejos en las acusaciones que Tom Rockmore, quien contrapone a Marx, joven doctor en filosofía, con Engels, simple «autodidacta» que no llega a licenciado, en el mejor de los casos «un amateur con talento [que] no estaba para sutilezas», *Marx After Marxism*, Londres, Blackwell, 2002, pp. 9-10.. Del resto, de cultivar sus deficiencias y de decorarlas en un eco interminable, se encargaría la Tercera Internacional, con un dogmatismo insuperable. Por supuesto, siempre podemos encontrar algún departamento universitario entregado a cultivar el género (por ejemplo, la arqueología dialéctica), porque hay gente para todo y a veces cuesta apearse de las mitologías de juventud, pero eso son trastornos circunstanciales, alejados del buen hacer investigador.

Las viejas reflexiones, revisitadas ahora, resultan casi ininteligibles. Los debates contemporáneos poco se parecen a los de hace cien años, entre otras cosas por un desplazamiento de las investigaciones de referencia desde la física a las ciencias cognitivas: la preguntas acerca de la naturaleza última de la realidad material ha sido sustituidas por las preguntas acerca de la relación entre –si es que cabe la distinción– la mente y el cuerpo.

Cuando volvemos sobre las viejas polémicas, resulta difícil sustraerse a un sentimiento de melancolía por las energías perdidas en veredas estériles, completamente ajenas a la reflexión filosófica cabal. Y las energías fueron muchas, cosa que, por lo demás, no puede extrañar si se asume que, en cada una de las disputas, parecía dilucidarse el futuro de la humanidad, si se está convencido, con Lenin y el penúltimo Althusser, de que «la filosofía es la lucha de clases en la teoría»*Respuesta a John Lewis*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 67.. Un mundo completamente ajeno al nuestro. Sencillamente, no hay continuidad entre las inquietudes que alimentaban idealismos como el de Hegel y las que inspiran a los contemporáneos dualistas o pluralistas ontológicos, sus potenciales herederos, como, puestos a decirlo todo, tampoco hay continuidad entre los retos de los viejos materialismos y los de los modernos fisicalismos, el otro lado de la supuesta barricadaLas discusiones, sutiles y matizadas, han dado pie a la aparición de nuevos desarrollos conceptuales (superveniencia, emergentismo) que tratan de reconocer la compatibilidad entre asumir la dependencia, la determinación y la prioridad explicativa de las propiedades físicas, sin que ello implique la reducción..



César Rendueles no recorre en detalle el trayecto reconstruido en los párrafos anteriores, aunque su diagnóstico es parecido. Reconoce el componente doctrinario y tosco del materialismo dialéctico, «una degradación ideológica de los textos fundacionales de Plejánov y Lenin –dos revolucionarios rusos de principios del siglo XX– que, para qué vamos a

engañarnos, tampoco destacaban por su sutileza» y enfatiza la distancia entre los viejos debates y los contemporáneos, los propios de una filosofía moderna que «en su totalidad» es materialista, que incluso en sus variantes críticas con los fisicalismos más reduccionistas, es decir, incluso cuando niega que «los estados mentales sean idénticos a los estados cerebrales [...] no postula la existencia de entidades espirituales paralelas». En el trazo grueso no se puede sino coincidir, aunque, en el detalle, no estaría yo tan seguro acerca de la extensión del consenso. «Materialista» es palabra de poco tráfico entre filósofos competentesQuizá Mario Bunge –siempre a su aire– sea la excepción más notable. y aún menos si desplazamos la mirada de la ontología a la epistemología, a las discusiones en torno al realismo de las teorías, a si las teorías describen como es realmente un mundo que está ahí con independencia de nuestras ideas o son simples artificios que se justifican por su vigor predictivo, otro asunto sobre lo que también versaban –aun sin saberlo, sin autoubicarse en ese registro– los debates en que se enlodaron Lenin y sus herederos filosóficos en sus rudimentarias defensas del materialismo. Para muestra, un botón, el más grande: hemos visto al filósofo de la ciencia más influyente de los últimos años, Hilary Putnam, abandonar su temprano realismo metafísico y monista.

Los materialismos históricos

El autor, una vez que se desprende del lastre del *diamat*, orienta el foco hacia donde sí cree que hay algo que rascar: a una reivindicación del materialismo histórico que arranca con una crítica a las versiones idealistas de la historia, en particular aquellas que sostienen que los cambios en la mentalidad, en las ideas, están en el origen de los cambios sociales. La secuencia causal correcta, según Rendueles, sería exactamente la contraria, la propia del materialismo histórico: de las condiciones materiales a las ideas. Una tesis, en sentido general, casi trivialmente verdadera, de sentido común. En todo caso, quienes pueden tener problemas con ella son aquellos activistas políticos –como el propio Rendueles? que, en algún momento, han de enfrentarse a la inconsistencia pragmática de hacer compatible la tesis de la prioridad de las condiciones materiales con sus intentos de cambiar el mundo, difíciles de entender si no se concede a las ideas algún potencial transformador. Resultaría una cruel ironía que, por devociones materialistas, quedasen en la incómoda compañía de aquellos personajes que consagró –según se dice, que no es seguro– para la historia Thomas Carlyle en su conocida consideración sobre la *Enciclopedia*: la segunda edición se encuadernó con la piel de los que se burlaron de la primera «porque solo contenía ideas».

Rendueles no aborda este reto. Antes al contrario, curiosamente, incluso descalifica –por «neoidealistas contemporáneos», por despreciar la obvia prioridad de las condiciones materiales– a autores que, al referirse a los cambios del mundo, subrayan la eficacia causal de los cambios tecnológicos, la capacidad transformadora de la tecnociencia. Así, descalifica

por idealista a Beth Noveck, autora de una charla TED sobre procesos tecnológicos que permiten transformar la relación entre gobierno y ciudadanía: «la explicación de esta extraña conducta es que Beth Noveck es administradora de tecnologías de la Casa Blanca». Cuesta entender esa consideración *ad hominem*. En realidad, como sucede en otros pasos del libro, pareciera que el autor se deja llevar por precipitadas consideraciones políticas y, con un proceder no infrecuente entre filósofos de mente ambiciosa, cuando no le gusta una idea, trata de empotrarla en un guion compartido con aquellas otras (políticas económicas, leyes antiterroristas o teorías sociales) que no le parecen bien, venga o no a cuentoLos críticos del relativismo moral son un buen ejemplo: todo lo que les disgusta –incluidas las religiones dogmáticas– lo achacan al relativismo. Aunque el caso más común es el de quienes (des)califican como (neo)liberal a cualquier política que les parece mal, incluidas las del proteccionista Trump.. La consideración acerca de los quehaceres de Noveck, salvo para conocer que a Rendueles le parecen mal, obviamente, no añade nada, pero, en todo caso, lo que no acaba de entenderse es la descalificación por «idealista». Y es que hay poco más marxista que la apelación a la fuerza transformadora de los cambios tecnológicosHay pocos ejemplos más claros de la ley fundamental (sobre la que volveré) del materialismo histórico, según la cual las fuerzas productivas acaban modificando las relaciones de producción, que las nuevas tecnologías de la información, en particular sobre los derechos de propiedad intelectual.. Marxista y no marxista. Investigaciones académicas reconocidas han mostrado la plausibilidad de las relaciones causales entre la técnica de la escritura alfabética y el milagro griego, el estribo y el orden estamental del feudalismo, las gafas y la llegada del Renacimiento, la generalización del automóvil o la píldora y el cambio en las pautas sexuales y en las ideas en torno a ellas. Y lo que nos queda por ver.

En todo caso, estas precipitadas digresiones no debilitan ni la pertinente crítica al idealismo descrita ni la reivindicación del materialismo histórico, el otro pie de la producción heredera de Marx –la teoría social–, sobre la cual concentra Rendueles buena parte de su atención. Una atención, cierto es, dispersa o, mejor dicho, desenfocada, como si no acabara de trazar el perímetro de su asunto. Y es que, por lo que sea, quizá porque el libro procede de artículos de varia intención aparecidos en su mayoría en revistas de universidad, no acaba de acotar el campo, el dominio de referencia del materialismo histórico.

En todo caso, esa circunstancia es también un modo de reconocer la convivencia en la obra de Marx de dos reflexiones de distinta naturaleza que, no sin cierta arbitrariedad, cabría agrupar bajo el rótulo común de «materialismo histórico»: 1) Una concepción general del mundo social, una heurística, que sugiere abordar la intelección de los procesos sociales asumiendo la prioridad causal de las circunstancias materiales, ambientales, tecnológicas, energéticas, económicas e institucionales, de la base material sobre la superestructura, por

decirlo toscamente (algo así como el modelo mecanicista-atomista en la ciencia del siglo XVIII o el evolucionista en la del XIX); 2) una(s) teoría(s) sociales específicas inspiradas en esa concepción general perfectamente aceptables según los criterios de la moderna ciencia y que, en lo esencial, describen mecanismos endógenos en la sociedad capitalista que contribuyen a su propia destrucción. Entre esas teorías destaca una teoría de alcance intermedio –que diría Robert K. Merton– sobre el cambio social en general, una teoría de la historia, el materialismo histórico en sentido más estricto. Rendueles, además, añade un compromiso con antropologías naturalistas muy de apreciar, dados los menesterosos precedentes de la tradición en la que se enmarca su investigaciónEn ese sentido, es obligado reconocer la excepcionalidad de un marxista como Manuel Sacristán, siempre atento a los resultados de la ciencia, que tempranamente acusó recibo de la sociobiología. Manuel Sacristán, «Sociedad, naturaleza y ciencias sociales», *Dialéctica*, núm. 12 (1983), pp. 49-62. Algo parecido puede decirse de su advertencia sobre los problemas medioambientales. En aquellos años, y aún bastante más tarde, la izquierda consideraba profundamente reaccionarias esas tesis, a las que condenaba por «neomalthusianas».. Veamos con más detalle los dos géneros y sus variaciones.

El programa de investigación

El primer género –el programa de investigación materialista– resulta indiscutiblemente sensato. Tan sensato que le parece bien a todo el mundo. La heurística de «para entender los comportamientos humanos es conveniente comenzar por estudiar las condiciones materiales de existencia» está lejos de compartir el mismo referente con las investigaciones inspiradas en la tradición marxista. La disposición está en Marx, pero también en otros clásicos anteriores, como Montesquieu, Buffon o Jefferson, que defendieron la conveniencia de explicar los comportamientos a partir de las circunstancias ambientales. Y desde entonces, legión. En ese sentido, resulta difícil compartir la apreciación de Rendueles según la cual «las dinámicas históricas lentas y de largo recorrido (una “hipótesis” que asocia al materialismo histórico) tienden a ser infravaloradas frente a las explicaciones de la realidad basadas en la voluntad y la subjetividad de sus protagonistas». Las apelaciones a la ecología (Eugene Odum, Marvin Harris), a la biología evolucionista (Jerome H. Barkow, Leda Cosmides y John Tooby; Robert Boyd y Peter J. Richerson; Luigi Luca Cavalli-Sforza y Marcus W. Feldman) a los recursos tecnológicos/materiales (Lewis Mumford, Ian Morris) o a las circunstancias económico-institucionales (Douglass North, Geoffrey Hodgson, Daron Acemoglu y James E. Robinson) son de uso extendido entre reputados teóricos sociales ajenos al materialismo histórico. Reputados académicamente y hasta populares, tanto que no es raro encontrar sus libros en las librerías de los aeropuertos.

Reprochar a Rendueles por aquello de lo que no se ocupa, por no mencionar a ciertos

autores, no resultaría lícito si no fuera porque una y otra vez a lo largo del libro se muestra pesimista acerca del estado de las ciencias sociales e insiste en la singularidad del materialismo histórico. Visto lo visto, no parece ser el caso: el materialismo histórico está en honrosa y sobrada compañía. Por no mencionar, ni siquiera menciona a Samuel Bowles y Herbert Gintis, algo que sorprende, no ya porque se trata de economistas que sin muchas torsiones cabría entroncar en la tradición marxista, sino porque, además, su quehacer, bien asentado en el naturalismo antropológico, cauteloso respecto al modelo del *homo œconomicus*, y su perspectiva no retóricamente multidisciplinar, responden bastante bien a las inquietudes de RenduelesPrograma que ha encontrado traducción en importantes textos de microeconomía o teoría de juegos. Su más reciente expresión: se encuentra en Samuel Bowles, *The Moral Economy. Why Good Incentives Are No Substitute for Good Citizens*, New Haven, Yale University Press, 2016; Herbert Gintis, *Individuality and Entanglement. The Moral and Material Bases of Social Life*, Princeton, Princeton University Press, 2016. De este último –por cierto, dedicado a Gary Becker y a Edward O. Wilson, dos bestias pardas para cierta izquierda– resulta particularmente recomendable, para lo que aquí interesa, su último capítulo: «The Future of the Behavioral Sciences».. No quisiera pensar que la omisión tiene que ver con las prevenciones del autor respecto a la teoría de la racionalidad, las matemáticas y la economía estándar, herramientas que manejan con soltura Bowles y Gintis. Eso no haría más que confirmar que Rendueles, en ocasiones, se precipita al despachar sumariamente una teoría social con la que no siempre parece que acabe de estar familiarizadoCon cierto sesgo «liberal», sobre el maltrato generalizado a resultados conocidos de la teoría económica por parte de muchos filósofos y no pocos científicos sociales han llamado la atención Pierre Cahuc y André Zylberberg, *Le négationnisme économique*, París, Flammarion, 2016. Han llamado la atención a gritos, muy a la francesa: el libro ha levantado una enorme polémica.. Volveré sobre estas prevenciones que están en el origen de su valoración pesimista de la teoría social.

El énfasis en la singularidad del materialismo histórico no es el único aspecto en que, cuando alcanza precisión, se hace difícil seguir la justificada reivindicación del programa materialista del autor. Sucede también cuando contrapone el enfoque materialista a «las teorías causales basadas en razones», como las de Weber o la teoría de la elección racional, esto es, la teoría que toma como punto de partida las interacciones entre agentes racionales egoístas (o, para ser más precisos, que maximizan su función de utilidad). Si lo he entendido bien, según Rendueles, estas teorías, que explican las acciones de los agentes a partir de sus razones, caerían del lado idealista, pues parecerían asumir una secuencia causal opuesta a la del materialismo histórico: desde las ideas a las circunstancias materiales. Si es eso lo que está diciéndose, el autor confunde, a mi parecer, una discusión teórica con una metodológica y, en ese sentido, su contraposición está fuera de lugar. Y es que «las teorías causales basadas

en razones» no son teorías sociales, no establecen conjeturas empíricas entre dos variables (entre religión y suicidio, por ejemplo), sino teorías metodológicas o formales (modelos de explicación intencionales) compatibles con teorías materialistas o idealistas. En este contexto, la referencia a Weber o a la teoría de la acción racional resulta completamente irrelevante. Son simplemente teorías (materialistas o no) que hacen uso –como tantas otras– de ese modelo de explicación intencional.

No hay teoría social que no recale en las interacciones entre individuos, cuyas acciones se rigen por creencias y deseos

Permítanme ilustrar lo que quiero decir ampliando la perspectiva a otros patrones explicativos. Dos médicos podrán discrepar acerca de por qué le duele la cabeza a un paciente (tendrán dos teorías distintas: estrés, traumatismo), pero los dos estarán de acuerdo en explicarlo causalmente, en que el dolor tiene una causa (compartirán modelo de explicación). Dos biólogos, en desacuerdo al dar cuenta del por qué los humanos tenemos cabello (o lenguaje), coincidirán en que alguna función (ventaja adaptativa) debe tener. Y dos teóricos sociales, en desacuerdo acerca de la explicación del embotellamiento del tráfico en una ciudad, estarán de acuerdo en que responde a la interacción entre agentes que se mueven por razones (por ejemplo, porque creen que hay una invasión marciana, o que se ha extendido un virus, o que van a privarles de la nacionalidad, etc.). Cada uno de ellos apela a razones (creencias) distintas, pero todos ellos explican a partir de razones. Apelar a las razones de los agentes (a su eficacia causal) es simplemente una elección metodológica perfectamente compatible con una teoría materialista (o con una idealista). Teorías o explicaciones brutalmente materialistas acuden, inevitablemente, a agentes que actúan por (sus) razones. La explicación («materialista») de la Revolución Rusa de febrero de 1917 como resultado del excepcional buen tiempo de aquel mes en San Petersburgo no puede prescindir de unos individuos que, a partir del conocimiento de esa circunstancia, deciden salir a la calle«Las fotografías de la Revolución de Febrero muestran a las alegres multitudes bajo un cielo brillante. El fenómeno climático desempeñó un papel nada desdeñable en los acontecimientos históricos de la época»: véase Richard Pipes, *La Revolución Rusa*, trad. de Horacio Óscar Pons, Barcelona, Debate, 2016, p. 298.. Teorías tan materialistas como la del imperialismo ecológicoAlfred W. Crosby, *Imperialismo ecológico*, trad. de Montserrat Iniesta, Barcelona, Crítica, 1988. que, para dar cuenta del vigor (destructivo) de Europa, acude a las enfermedades de los conquistadores, ante las que los conquistados carecían de defensas, encuentran su sostén último en interacciones entre individuos: la enfermedad es el subproducto de las acciones de agentes que naturalmente «actúan a partir de (sus) razones»: quieren obtener más riquezas, convertir infieles, huir de su pasado, etc. En breve: no hay teoría social, materialista o no, que, en un momento u otro, no recale en las

interacciones entre individuos, cuyas acciones se rigen por creencias y deseos, por razones.

La contraposición de Rendueles entre los idealistas (de la racionalidad, de la actuación a partir de razones) y el materialismo histórico parece superponer o equiparar dos asuntos distintos: el teórico, la relación de la base material (ecológica, económica, etc.) con la superestructura; y el metodológico, el tipo de relación explicativa entre las «leyes generales» y los sucesos particulares a explicar. Dos, cuando no tres, porque a veces parece equiparar los dos problemas descritos con el de la formalización, con el uso de las matemáticas. También volveré sobre esta ausencia de distinción de planos y sobre algunas de sus implicaciones al valorar la teoría social.

La teoría social

El otro género cultivado por el materialismo histórico pertenece directamente al negociado de la teoría social. Se trata de una serie de conjeturas, de las que el autor no se ocupa sistemáticamente –salvo en el caso, muy especial, de la teoría de la historia– que, de alguna manera, traducen a un lenguaje preciso –de teoría social– el guion hegeliano, ese curso de la historia acompasado con la lógica, que avanza resolviendo sus contradicciones internas. Eso sí, sin adherencias especulativas. Las contradicciones dialécticas y la rimbombante «necesidad» de la historia en la senda de la realización de la razón se mudan en la obra de Marx en austeras conjeturas sobre dinámicas endógenas al capitalismo que conducen a su destrucción, dinámicas que explicarían cómo los gérmenes del socialismo se incuban en la entraña del capitalismo. En ese sentido, Marx no dejaría de ser sino un pulcro heredero de la escuela escocesa, de Adam Smith, y su teoría de los cuatro estados: la evolución de las sociedades según la secuencia caza-pastoreo-agricultura-comercioRonald L. Meek, «Smith, Turgot and the Four Stages Theory», *History of Political Economy*, vol. 3, núm. 1 (1971), pp. 9-27.. Eso sí, sin resabios de filosofía de la historia. Estamos ante genuinas conjeturas susceptibles de control empírico y analítico que describen mecanismos sociales en el sentido moderno de la reflexión metodológica, como secuencias causales que producen regularmente ciertos resultadosSobre esa idea, también presente en las explicaciones en las ciencias «naturales», véase Félix Ovejero, «Un panorama de la reciente filosofía de las ciencias sociales», en *El compromiso del método*, Barcelona, Montesinos, 2004..

El primer mecanismo, de naturaleza económica, es la llamada *ley de caída tendencial de la tasa de beneficio*. En su presentación habitual, aparece comprometida con la teoría del valor-trabajo, según la cual la fuente de valor de las mercancías –y la explicación última de los precios– es la cantidad de trabajo (directo e indirecto) incorporado en su producción. La competencia induciría a los capitalistas a sustituir trabajo por maquinaria, con el resultado imprevisto (no deseado) de que socavarían su fuente de beneficio. El comportamiento

individual (y racional, orientado a maximizar beneficios) de cada uno de ellos, generalizado, explicaría la caída del beneficio, efecto indeseado por todos los burgueses y, a la vez, resultado (agregado) de la acción de cada uno de ellos. El segundo mecanismo describiría la naturaleza (supuestamente) limitada de la expansión capitalista: mientras, por una parte, el capitalismo desata necesidades de consumo, por otra, se muestra incapaz de satisfacerlas, tanto por su propia condición explotadora, derivada del sistema privado de apropiación, como por las limitaciones que impone al potencial productivo (al frenar el crecimiento de las capacidades productivas, incluido el desarrollo de los talentos humanos). Un tercer mecanismo se refiere a la acción colectiva: el desarrollo del capitalismo, al expandir la gran empresa, propicia las condiciones (el trato continuo entre los trabajadores en la gran fábrica) para la revolución por parte de una clase obrera que reúne la condición de socialmente mayoritaria, indispensable, en tanto fuente de la riqueza colectiva, explotada, y beneficiaria de la revolución; esto es, el propio capitalismo, en su crecimiento, propiciaba la aparición tanto de las circunstancias como de los protagonistas de su finalEl carácter destructivo (e inexorable) de esos mecanismos, junto con el supuesto de que la sociedad comunista sería el reino de la abundancia, explicarían el desinterés de Marx maduro por los asuntos normativos. Véase Félix Ovejero, *Proceso abierto*, Barcelona, Tusquets, 2005. Si es inevitable el fin del capitalismo y si habrá de todo para todos, ¿a qué preocuparse por precisar principios (por ejemplo, para distribuir los recursos)?.

Ninguna de esas teorías resulta sostenible hoy. Eso sí, podemos precisar sus dificultades y, de resultas –entre otras cosas– de reconocerlas, se han producido avances importantes en la investigación social. Por mencionar tan solo los dos más destacados: en economía, el enfoque reproductivo de David Ricardo-Piero Sraffa, cultivado, sobre todo, entre los economistas de CambridgeLuigi Pasinetti, *Keynes and the Cambridge Keynesians*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.; en sociología, la teoría de la acción colectiva y de la revoluciónMancur Olson, *The Logic of Collective Action*, Cambridge, Harvard University Pres, 1971; Theda Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979; Charles Tilly, *European Revolutions, 1492-1992*, Oxford, Blackwell, 1993. Una magnífica sistematización actualizada es la de Tarik Tazdaït y Rabia Nessah, *Les théories du choix révolutionnaire*, París, La Découverte, 2008.. Y, en ambos casos, las matemáticas han ayudado mucho a pulir los productosLa teoría de la acción colectiva y de la revolución alcanzan precisión –y conciencia de sus dificultades– con la teoría de juegos mediante el potente dilema del prisionero. Más interesante es el caso de la economía. Interesante y hasta paradójico. La reconstrucción analítica de la teoría del valor del trabajo mostró que ésta funciona en una situación muy excepcional, cuando todas las líneas de producción tienen la misma composición orgánica de capital (muy sumariamente, la razón entre medios de producción físicos y la mano de obra). Un supuesto, obviamente, irreal. Pero

en esa dificultad no estaba solo Marx. Y es que ese supuesto era necesario para salvar el concepto de función de producción agregada neoclásica (que permitía presentar bienes de producción heterogéneos como un solo bien): véase Pierangelo Garegnani, «Heterogeneous Capital, the Production Function and the Theory of Distribution», *The Review of Economic Studies*, vol. 37, núm. 3 (1970), pp. 407-436. Un resultado ingrato para Paul Samuelson, que después de reconocer (en 1962) el carácter definitivo de la crítica de la Escuela de Cambridge a la función agregada, para salvarla había optado por el «cuento de hadas» (expresión del propio Samuelson) de tomar toda la economía como si fuese un solo bien, como un campo de trigo, donde no hay problema de unidades de medición para relacionar el *input* con el *output*. La tradición clásica y reproductiva no necesita tal agregación, pues maneja modelos multisectoriales, al modo de las tablas de Leontief. Las matemáticas ayudaron a resolver el debate (es lo que se bautizó como el debate de los dos Cambridge).. Esto es, estamos ante conjeturas perfectamente asumibles en la teoría social convencional. Ni mejor ni peor que cualquier otra. En ningún caso superior o especial, como parece desprenderse de la tesis que sostiene el libro, según el resumen ya citado del prologuista: desconfianza en las ciencias sociales y convencimiento «de la potencia, conceptual y política, del materialismo histórico».

La teoría de la historia

Al cuarto mecanismo, la teoría de la historia, el autor le dedica reflexiones más sistemáticas. Con pertinencia, acusa recibo de una de las más interesantes discusiones que en torno a ella se desataron hace ya casi tres décadas. Conviene recordarla con algún detalle, no sólo por su calidad filosófica, sino porque, al situarse en los terrenos de la teoría de la ciencia, nos pone en la pista de algunos de los problemas antes avanzados. El arranque hay que buscarlo en el extraordinario trabajo de Gerald Cohen, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, obra que abordaba una reconstrucción del núcleo teórico marxista en clave funcionalista tomando como punto de partida –aunque no exclusivamente– una de sus exposiciones más sintéticas: el prólogo ya mencionado a la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde se afirmaba la existencia de una «contradicción» –para decirlo con el léxico de Marx, resultaría más preciso hablar de «tensión» o «conflicto»– entre relaciones de producción y fuerzas productivas, contradicción que actuaría como motor de los procesos históricos, como, por ejemplo, al desencadenar el tránsito de una sociedad feudal a una sociedad capitalista y, posteriormente, a la sociedad socialista.

Para aclarar la idea, no está de más recordar que Marx estableció su conjetura sobre el horizonte de «la transición desde el feudalismo al capitalismo», un asunto sobre el que volverá recurrentemente la historiografía de inspiración marxista –y la economíaDe forma notable, Maurice Dobb, uno de los economistas marxistas más importantes del siglo XX;

maestro, desde su cátedra en Cambridge, de otros grandes, como el premio Nobel, Amartya Sen: véase Maurice Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, Routledge, 1946. Los textos más importantes del (primer) clásico debate pueden verse en Rodney H. Hilton (ed.), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, New Left Books, 1976.– cuando quiera dotar de cierto vuelo teórico sus reflexiones: la expansión del comercio y de la incipiente industria se veía embridada por un régimen señorial que impedía, con peajes y tributos, el movimiento de mercancías, y frenaba, con relaciones de dominio personal, de servidumbre, la aparición de un mercado de trabajo. El crecimiento de fuerzas productivas estaba limitado por las relaciones de propiedad: se ahogaba el desarrollo económico, el progreso y el bienestar. Para Marx, la tensión, a la larga, resultaba insostenible y, al final, el proceso se decantaba siempre del lado del progreso, cuando las fuerzas productivas impusieran su ley, haciendo estallar las relaciones de producción. Y ese mismo mecanismo operaría en la transición desde el capitalismo al comunismo: circunstancialmente, la propiedad privada limitaba el desarrollo de las fuerzas productivas e impedía la abundancia, condición de posibilidad de la futura sociedad comunistaLas últimas versiones vertebradas en la tradición socialista ponían el acento en la tecnociencia como fuerza productiva. Así, el grupo de investigadores concentrado en torno a Radovan Richta, *La civilización, en la encrucijada*, trad. de Daniel Iríbar, Madrid, Artiach, 1972. Seguramente habría que volver sobre este clásico olvidado a la luz de los desarrollos de la inteligencia artificial y de las nuevas tecnologías de la información..



Cohen, formado en la mejor filosofía de la ciencia, la cultivada por la tradición analítica, nos recordará la anatomía de esa explicación: en el mismo sentido en el que las espinas de las plantas cumplen la función de evitar la pérdida de agua en el desierto, las relaciones de producción resultan útiles y perduran mientras permitan el crecimiento de las fuerzas productivas. Dicho en plata, el materialismo histórico se manejaba con explicaciones

funcionales: la disposición de un suceso del tipo E para producir sucesos del tipo F explica la ocurrencia de un suceso de tipo E en una situación particularJames Noble, «Marxian Functionalism», en Terence Ball y James Farr (eds.), *After Marx*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, p. 107.. Por así decir, Marx, en método, iba de la mano de los funcionalistas.

La tesis de Cohen daría pie a una polémica con otros marxistas analíticos –destacadamente, Jon Elster– que sostenían que el materialismo histórico, más temprano que tarde, tenía que encontrarse con el individualismo metodológico, con explicaciones de los procesos sociales que toman como punto de partida interacciones entre agentes racionales que actúan a partir de sus creencias y sus querencias (en la caracterización de Rendueles, idealistas, las de «Weber y la teoría económica»). El debate tuvo muchas idas y vueltas, entre otras cosas, porque la contraposición resultaba menos radical de lo que parecía. De hecho, Cohen, al justificar el impulso sostenido al desarrollo de las fuerzas productivas, recalaba en una antropología filosófica muy cercana a la de los economistas: el individuo racional que, enfrentado a situaciones de escasez, intenta mejorar su situaciónGerald Cohen, *Karl Marx´s Theory of History. A Defense*, Princeton, Princeton University Press, 1978, p. 152.. Es más, los modelos funcionales, sin mucha distorsión, podían reconstruirse parcialmente en un marco conceptual común a la economía convencional, al menos en dos de sus componentes más importantes: 1) El nivel de las fuerzas productivas determina las relaciones de producción que resultan óptimas; b) Las relaciones de producción son lo que son porque son óptimas para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Aunque la controversia tuvo cierto recorrido, con las acostumbradas sutilezas de la filosofía analítica, desde el punto de vista operativo, de su entronque con la historiografía real, no fue muy allá. Sencillamente se manejaba en un plano de abstracción que complicaba su control empíricoEn ese sentido, sería mejor decir que la relación contradictoria entre fuerzas productivas y relaciones de producción no es un «mecanismo», sino que puede materializarse («instanciar», concretar) mediante distintos mecanismos.. De hecho, algunos años más tarde, el propio Cohen admitiría el problema o, al menos, una de sus implicaciones: «Ahora no creo que el materialismo histórico sea falso. Más bien se trata de que no estoy seguro de cómo podemos decir si es verdadero o falso»Gerald Cohen, «Reconsidering Historical Materialism», en Roland Pennock & John W. Chapman, *Marxism*, Nueva York, New York University Press, 1983, p. 277.. Con ese reconocimiento, Cohen no hacía más que constatar la dificultad, acaso insalvable, del género de la teoría de la historia: relacionar esas leyes tan generales, que describen el funcionamiento de la base material (la relación entre relaciones de producción y fuerzas productivas: en su léxico, las estructuras), con los datos, con los acontecimientos, sucesos, estados o procesos a explicar. El reto llega, por ejemplo,

en el momento de relacionar tales leyes con los datos que configuran una crisis en tal o cual región en el siglo XVI.

A mi parecer, buena parte del problema deriva de la dificultad para compatibilizar (plausibles) teorías sobre el funcionamiento de sistemas (económicos, ecológicos) con explicaciones históricas. Más exactamente, el reto principal consiste en precisar el tipo de relación metodológica entre una teoría de alcance general (la tesis de la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas) y los sucesos particulares a explicar: mientras el funcionamiento de la base (las estructuras) quedaría normalmente descrito mediante «leyes generales», la explicación de los acontecimientos se aborda mostrando los mecanismos, la secuencia causal, los engranajes (actores, deseos, creencias y oportunidades) que están en el origen de los sucesos particulares, del *explanandum*. Una solución posible consiste en entender las leyes sobre las condiciones materiales (que describen el funcionamiento de la base) en un sentido parecido a como entendemos las leyes sobre condiciones de equilibrio de los ecosistemas: establecen las constricciones a los comportamientos de los agentes (los habitantes del ecosistema) sin asumir ningún supuesto (sobre racionalidad, disposición al equilibrio) sobre el comportamiento de éstos. Las leyes generales, en ese sentido, no reposarían en supuestos intencionales. Las estructuras dibujarían las constricciones en que han de desenvolverse las accionesVisto así, las leyes de la base permitirían establecer teoremas de imposibilidad no comprometidos con (no subordinadas a) supuestos de comportamiento, a hipótesis antropológicas: describirían las constricciones a que están sometidas las acciones, al modo como sucede con las leyes de la termodinámica, que no explican, pero son condición de posibilidad de las explicaciones: véase Félix Ovejero, «La función de las leyes económicas en la explicación histórica», *Revista de Historia Económica*, año núm. 3, núm. 1 (1985), pp. 55-74. Y, más extensamente, sobre la posibilidad de una teoría de la historia, *La quimera fértil. El despropósito de la teoría de la historia*, Barcelona, Icaria, 1994.. El error consistiría en pretender «deducir» –por lo derecho– a partir de las leyes sobre las condiciones materiales las conductas o los comportamientos, como sucede con las «explicaciones» de una acción particular de una persona (comprarse un coche) que invocan el capitalismo (o los genes o el patriarcado).

A su manera, Rendueles también parece reconocer el problema. Por ejemplo, cuando sostiene que «incluso si estamos plenamente convencidos de que ciertos procesos históricos son más estables o duraderos que otros, eso no significa que los límites estructurales sean inmediatamente más explicativos que los mecanismos individuales», o que «las estructuras no son explicativas en el mismo sentido en que el impacto de una bola de billar explica el movimiento de otra. Es necesario en cada caso reconstruir la historia causal de cada acontecimiento particular que pretendemos explicar». Pero, por lo que sea, quizá por su ya

mencionada dificultad para distinguir entre los planos metodológicos y los teóricos, no siempre se muestra consecuente con esas consideraciones y, a pesar sus advertencias contra las tentaciones simplificadoras de apelar a «las estructuras», con frecuencia no duda en tirar por lo directo de la base a las ideas, incluso al precio de incurrir en la falacia ecológica, en «explicar» un caso (las ideas de X) a partir de las características (sociales) del grupo al que pertenece, como sucedía con el ejemplo citado de la administradora de tecnologías de la Casa Blanca. Un mal hacer que se muestra también en distintas digresiones políticas que sazonan su argumentación, como cuando afirma que «la noción de "entramado terrorista" desarrollada desde la Audiencia Nacional en los años noventa y que condujo a muchas personas cercanas a la izquierda nacionalista vasca a prisión, se basaba en buena medida en metáforas funcionalistas». La velocidad y el tocino. Un despropósito que, naturalmente, no documenta ni rozando una sentencia judicial. No es el único momento en que consideraciones filosóficas, más o menos sensatas, se ven degradadas con cómplices urgencias políticas, forzados ejemplos, estadísticas retóricas o juicios sumarios.

Y, puestos a completar el mapa, tampoco creo que sean ajenas a la superposición de planos de discusión (teóricos y metodológicos) sus toscas descalificaciones de las matemáticas en las ciencias sociales («la economía matematiforme»), en las que parece asumir que la formalización sólo puede ocuparse de «leyes generales», como si las matemáticas estuvieran vetadas para tratar escenarios particulares, como si no pudiera abordarse con programación lineal el tráfico de una ciudad, con ecuaciones múltiples un sistema de explotación feudal de la India o con teoría de juegos una batalla militar, una disputa de vecinos o un sistema de trasplante de órganos. Un supuesto completamente injustificado, aunque perfectamente compatible con la extendida confusión –ya presente en Hegel? entre lo abstracto y lo vago, de la que Rendueles parece participar, por ejemplo, cuando sostiene que «las disciplinas más metafísicas son con mucha diferencia aquellas empeñadas en el formalismo». Es exactamente al revés: para formalizar hay que definir, hay que precisar entidades, propiedades y relaciones. La abstracción, condición de posibilidad de la formalización, es siempre precisa: la afirmación «la mesa mide cinco metros» o la definición de «perro» son mucho más precisas (y abstractas) que la afirmación «la mesa es grande» o la (imposible) definición de «Buster» (un perro concreto).

Teoría social, racionalidad y matemáticas

Para ver que el trasiego indebido entre planos metodológicos y teóricos es algo más que un descuido ocasional, vale la pena volver a la primera idea del materialismo histórico como programa de investigación y a la mencionada contraposición entre las «explicaciones materialistas» y las «explicaciones basadas en el estudio causal de las dinámicas culturales y subjetivas», entre las que incluye a Max WeberEn realidad, todas las explicaciones

«weberianas» apelan en un momento u otro a instituciones (al compromiso, por ejemplo, con los sistemas impositivos, a la cooperación con los «amigos» frente a las leyes) y, desde luego, han alcanzado un alto grado de control empírico con la ayuda de técnicas matemáticas: véase Benito Arruñada, «Protestants and Catholics: Similar Work Ethic, Different Social Ethic». y su teoría del origen del capitalismo y, en un salto revelador, la filosofía de la acción de Donald Davidson que, según Rendueles, «se suele considerar la fundamentación filosófica de la teoría de la decisión racional y una aproximación al tipo de conducta que la economía convencional presupone como característica de los seres humanos. Al fin y al cabo, la mayor parte de la ortodoxia económica –que ha desempeñado un papel esencial en la configuración del mundo político de los últimos cuarenta años– toma como punto de partida un análisis de las preferencias individuales para, a través de combinatorias complejas, extraer explicaciones acerca de los procesos sociales agregados, de los hechos colectivos».

Hay varias consideraciones llamativas en pasos como este, comenzando por la inconsistencia pragmática de sostener aquello que se critica, de defender el materialismo y, en la misma frase, «explicar» la configuración del mundo a partir de «teorías económicas», de ideas. Pero lo realmente sorprendente es la afirmación de que la teoría económica encuentra sus fundamentos en la filosofía de la acción de Davidson, esto es, en una tesis según la cual dar cuenta de una acción mediante razones constituye una forma de explicación (causal): las razones se entienden como causa efectiva de la acción; así, mi acción de subirme a una bicicleta se explica (y está causada) por mi deseo «quiero ir a la universidad» y mi creencia (entre otras) «con la bicicleta podré ir a la universidad».

La sorpresa obedece a distintas razones. La primera es la presunción de que la ciencia encuentra su fundamento en tesis filosóficas, una presunción propia de la escolástica tardomedieval y del *diamat*. Sin más precisiones, esa afirmación está tan fuera de lugar como sostener que la dinámica newtoniana o la geometría euclidiana encuentran su justificación en Kant o que nuestra ciencia de cada día –por ejemplo, la investigación sobre el cambio climático o el VIH– se sostiene en las ideas de Wesley C. Salmon sobre mecanismos causales. La reflexión de Davidson, bastante general, se ocupa de otros asuntos (ontológicos) y, en todo caso, está tan comprometida –o tan poco– con la teoría de la racionalidad de la economía como con los trabajos de Daniel Kahneman y Amos Tversky, cuyos resultados empíricos, elogiados con pertinencia por Rendueles, tanto han contribuido a mostrar las limitaciones de algunos de los supuestos empíricos de la teoría de la racionalidad manejada por la microeconomía. Kahneman y Tversky pueden discrepar de esa teoría, pero también explican las acciones «a partir de razones»De hecho, han desarrollado su propia teoría de la utilidad, la teoría prospectiva: Daniel Kahneman y Amos Tversky, «Prospect Theory: An

Analysis of Decision under Risk», *Econometrica*, vol. 47, núm. 2 (1979), pp. 263-292..

Kahneman, Tversky y muchos más, por no decir todos. El propio Marx asume el comportamiento racional, incluso maximizador, una y otra vez: en su (incipiente) teoría de la acción colectiva, cuando los trabajadores consideran los beneficios de comprometerse en la lucha de clases; en la explicación de la «ley» de la caída de beneficios, como se vio; y hasta en (la trastienda de) su teoría del valor, al incorporar una igual tasa de tasa de beneficios (esa «r» que aparece en los ecuaciones de los modelos reproductivos, la misma que permite «determinar» los precios a partir de los valores) en las distintas líneas de producción (empresas) y que es el resultado final de las acciones de unos capitalistas que, en competencia, van de acá para allá en búsqueda del mayor beneficio. En realidad, hay poca teoría social que pueda prescindir completamente de compromisos con algún supuesto de racionalidad, y la que puede haber, en su estado actual, se mueve sobre todo en el terreno de las conjeturasEn teoría de la mente, sería el punto de partida del eliminacionismo, que asume que las categorías que utilizamos para describir los estados psicológicos, como creencias y deseos, no son compatibles con los conceptos de la neurociencia. Tales categorías serían simplemente un modo de entendernos (como «arriba» y «abajo»), normal en nuestro lenguaje cotidiano, pero ajeno (incompatible con) al conocimiento sólido. Las descripciones intencionales, como «Pepe quiere que llueva», serían falsas. También podría pensarse en una psicología evolutiva radical que asuma, por una parte, los genes como entidad explicativa fundamental y, por otra, que nuestras «autoexplicaciones» (de nuestras conductas) sobre el amor, la religión o la patria son simples recreaciones, a posteriori, por una necesidad, también explicable a partir de la biología, de dotar de sentido a lo que hacemos. Quizá también los *big data*. Exploré algunas de estas posibilidades en *La quimera fértil*, *op. cit*., pp. 260 y ss.. Otra cosa es el compromiso de la teoría económica con la hipótesis empírica de que los agentes se comportan de acuerdo con la teoría (formal) de la racionalidad, con una teoría específica que incorporan los manuales de microeconomía. Un compromiso, en todo caso, que asumen autores como Joseph Stiglitz o Paul Krugman en el mismo grado que los economistas «liberales». Unos y otros, economistas «siervos» y economistas «críticos», explican las acciones a partir de razones.

La teoría económica es bastante más que «combinatorias complejas» de preferencias individuales agregadas, como sostiene el autor

De hecho, el propio Rendueles, quizá sin reparar en ello, elogia la racionalidad que critica. Por ejemplo, cuando en su defensa de la explicación desde «las estructuras» cita con aprobación el modelo de Harold Garfinkel: «Cuando hay muchos conejos, los zorros pueden comer a menudo e incrementan su tasa de supervivencia. A medida que crece el número de zorros, disminuye el de conejos, de modo que hay menos comida para los zorros. Entonces

disminuye el número de zorros y aumenta el de conejos». Y es que este ejemplo procede de los modelos (estrategias evolucionarias estables) formulados por John Maynard Smith y George R. Price en su trabajo de 1973 sobre lógica del conflicto animal, que están en el origen del importante libro del primero sobre teoría de juegos y evolución*Evolution and the Theory of Games*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.. Esto es, el modelo de Garfinkel que ilustraría el peso de «las estructuras» no sería más que un caso particular de la teoría de juegos, de la racionalidad (idealista) de los economistas. Visto así, las estructuras parecerían encontrar sus (mejores) avales en la enojosa racionalidad de la economía y, en consecuencia, Rendueles se encontraría abocado a una complicada disyuntiva: si quiere salvar sus pertinentes reflexiones sobre las estructuras (y sobre ciertos resultados de la teoría social), debe abandonar su crítica «materialista» a productos como la teoría de juegos (y de la decisión) y, no menos, a la teoría económica.

Por supuesto, el dilema es falso. No hay que elegir entre materialismo y racionalidad (y, aún menos, matemáticas). Una teoría institucional, económica, materialista, puede hacer uso y, uno diría que –a poco que alcance cierta precisión conceptual– tendrá que hacer uso frecuentemente de la teoría de juegos (sin asumir por ello ningún compromiso «idealista»). Sobre eso caben escasas dudas: no hay mejor herramienta que el dilema del prisionero para ayudarnos a contar de qué va eso del Estado y el equilibrio de Nash nos permite entender la estabilidad de todas las convenciones humanas, comenzado por el significado de las palabras. En otras ocasiones, ante otras realidades, no sirven ni el dilema del prisionero ni el equilibrio de Nash, aunque pueden servir otros resultados de la teoría de juegos. La (falsa) disyuntiva, sospecho, no es ajena a la superposición en la discusión de cuestiones metodológicas, teóricas y formales.

En ese sentido, quizá no esté de más recordar, aunque sea apresuradamente, algunas distinciones básicas. La teoría de la racionalidad, como la teoría de juegos, no son teorías sociales, sino formales, matemáticas y, como tales, carecen de compromisos empíricos o, más en general, ontológicos: no hacen afirmaciones sobre la realidad ni, por ende, son verdaderas o falsasRobert Brenner, «Marx’s First Model of the Transition to Capitalism», en Bernard Chavance (ed.), *Marx en Perspective*, París, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1985. Sus tesis dieron pie a un debate recogido en Thomas Hope Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *The Brenner Debate*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.. Las teorías empíricas, como la teoría económica, cuando hacen uso de la teoría de juegos, o del análisis matemático o del álgebra, sí que asumen un compromiso con hipótesis empíricas. Muy sumariamente: la hipótesis «el segmento de la realidad X (el sistema real X) mantiene ciertas propiedades que se corresponden con los axiomas (interpretados) de la teoría»Sobre la «naturaleza» (formal o empírica) de la teoría de juegos, véase Félix Ovejero, «La teoría de

juegos: ¿una teoría social?» en Fernando Aguiar, Julia Barragán y Nelson Lara, *Economía, sociedad y teoría de juegos*, Madrid, McGraw-Hill, 2008.. Con más tosquedad: «este segmento de realidad queda bien descrito por estas matemáticas». Y, en este caso, sí que cabe preguntarnos si, para ese ámbito, las matemáticas son verdaderas o falsas. «1 + 1 = 2» no se cumple (es falso) en el caso de las gotas de mercurio: cuando juntamos una a otra, en realidad, se cumple que «1 + 1 = 1». Por lo mismo, la aritmética ordinaria es verdadera para sumar pesos: «este saco de veinte kilos, junto con este otro de treinta, pesan conjuntamente cincuenta kilos». En cambio, la operación suma de la aritmética ordinaria resulta falsa si se trata de determinar la temperatura conjunta de dos habitaciones contiguas. Aunque una (cerrada) esté a veinte grados y otra (también cerrada) a treinta grados, la nueva habitación (conjunta, resultado de abrir la puerta contigua) no estará a cincuenta grados. En este caso resulta falsa la hipótesis empírica «este sistema real cumple la operación 20 + 30 = 50». Es falsa la aritmética interpretada en el mundo/sistema (de) habitaciones y temperaturas: no es falta la aritmética como tal.

A partir de esas consideraciones, creo que puede sopesarse mejor el alcance de las críticas a la teoría económica o de la racionalidad por «falsas». Sin duda, la teoría de la racionalidad, interpretada en la teoría económica, se muestra falsa con frecuencia. Eso sí, «con frecuencia» no quiere decir «siempre», sino «en determinados sistemas reales». Sencillamente, un modelo no es verdadero o falso hasta que se interpreta, o, dicho de otra manera, hasta que recibe un *input* empírico. Lo que no tiene sentido es afirmar, por ejemplo, que es «falso» incondicionalmente el supuesto de transitividad de las preferencias (si A es preferido a B y B es preferido a C, entonces A es preferido a C). No: ese supuesto resulta falso en algunas ocasiones y en otras no (y, por lo demás, en el plano formal y el normativo, resulta poco discutible)Y lo mismo sucedería con el supuesto (central para la teoría económica) de la independencia de las alternativas irrelevantes, según el cual, si A (sopa) es preferido a B (paella), el hecho de que me ofrezcan C (gazpacho), no me conduce a preferir B a A, a modificar la preferencia inicial entre sopa y paella. Podemos dar muchos ejemplos en los que el axioma no se cumple y hasta mostrar como Starbucks hace negocio con ese fallo de nuestra racionalidad: en ausencia de otras alternativas, prefiero el café de tamaño A (pequeño) al de tamaño B (mediano); pero la aparición de C (el señuelo, un poco más grande que B), me hace preferir B a A.. Pero eso no implica que no respetemos nunca tales axiomas en nuestro comportamiento cotidiano. Igualmente, el hecho de que en algunos casos (experimentos) no seamos egoístas no quiere decir que nunca seamos egoístas. Lo somos a diario: por eso depositamos nuestros ahorros en el banco que nos ofrece más interés; por eso, vendemos nuestro coche a quien nos ofrece más dinero; y, por eso, funciona tan bien WallapopSobre el alcance de las «refutaciones» a la racionalidad «económica», véase Félix Ovejero, «El limitado fracaso del homo œconomicus», *Teoría y Derecho*, núm. 14 (2013), pp.

34-61..

La teoría económica es bastante más que «combinatorias complejas» de preferencias individuales agregadas, como sostiene el autorY aun cuando es eso, en el caso de la teoría de la decisión, sus resultados están lejos de ser desdeñables u obvios, sobre todo para la ciencia política. El teorema de Arrow o la paradoja del liberal paretiano de Amartya Sen constituyen tan solo un par de ejemplos de entre muchos. (al menos, si entendemos esa afirmación como una simple suma de demandas individuales que se traducen en una demanda agregada)En realidad, la idea de una (curva de) demanda agregada a partir de las demandas individuales (esas que responden a la regularidad «cuando sube el precio, disminuye la demanda») es «la primera de las muchas falacias de agregación de las que está plagada la economía neoclásica»: véase Steve Keen, *La economía desenmascarada*, trad. de Álvaro G. Ormaechea, Madrid, Capitán Swing, 2015, p. 111. Quizá Rendueles se refiera a esto.. De hecho, la teoría económica está plagada de múltiples resultados contraintuitivos que muestran cómo los efectos colectivos de las acciones –incluidas muchas medidas de política económica– son contrarios a lo que pretenden quienes realizan la acción. Ahí están el Marx mencionado de la teoría de la caída de beneficios o el Keynes/Kalecki de la paradoja del ahorro: en una economía cerrada, cuando todos aumentan su ahorro, el ahorro agregado disminuye. Es cierto que esas dos teorías sólo funcionan en condiciones bastante excepcionales, pero no están solas; ni en economía ni en sociología, como nos han mostrado clásicos como Robert K. Merton, Raymond Boudon, Albert O. Hirschman o Jon ElsterAndré Gosselin, *La Logique des effets pervers. Sciences sociales, rhéthorique politique, éthique*, París, Presses Universitaires de France, 1998.. Como mínimo, la teoría económica se refiere a agentes (con ciertas preferencias) tomando decisiones dentro de estructuras –de diseños– institucionales, entre las que se incluyen, muy fundamentalmente, los derechos de propiedad. La teoría económica y prácticamente toda la teoría social. Sin ir más lejos, la trama explicativa de instituciones (derechos de propiedad) y agentes racionales orientados por incentivos es compartida por el premio Nobel, Douglass North, y por uno de los historiadores marxistas más reputados, Robert BrennerPor supuesto, no es el único (ahí están Eric Hobsbawm, o Neil Faulkner), pero sí el que (junto con Ernest Maurice de Saint Croix en su monumental *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, trad. de Teófilo de Lozoya, Barcelona, Crítica, 1988) más se esfuerza –y afina– al establecer una trama conceptual relacionada con el materialismo histórico como teoría, no como simple heurística que enfatiza las condiciones materiales o la trivialidad campanuda de que «Los seres humanos hacen su propia historia, pero no a su libre arbitrio, en circunstancias elegidas por ellos mismos, sino en las que los rodean y les han sido legadas por el pasado» (Karl Marx, *El 18 brumario de Napoleón Bonaparte*), que es lo que, por ejemplo, destaca Faulkner en su desmedida obra *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo*,

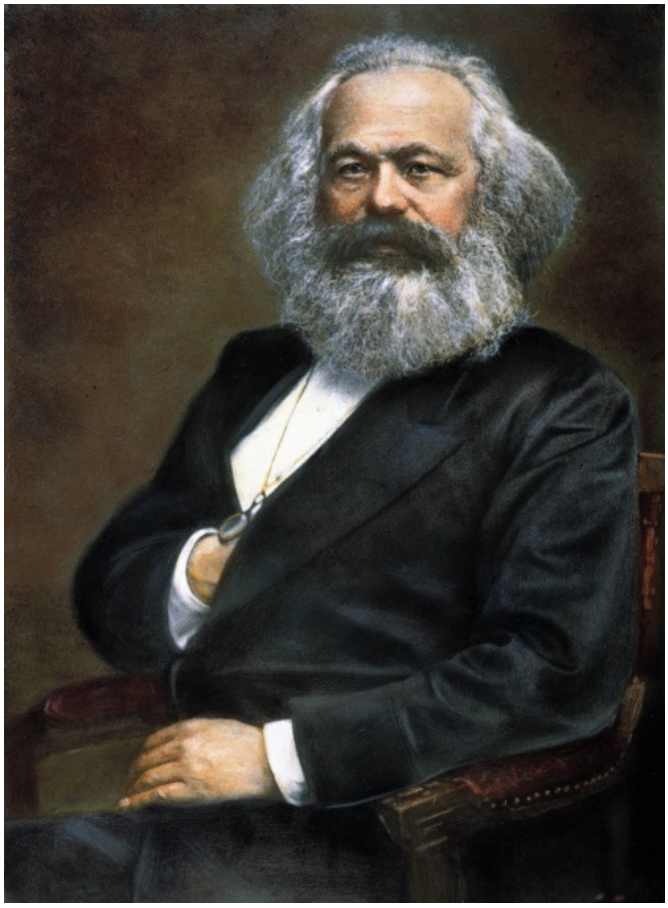
trad. de Juanmari Madariaga, Barcelona, Pasado & Presente, 2014, introducción., en su análisis de la «transición del feudalismo al capitalismo», seguramente el ejemplo práctico más solvente de materialismo histórico de los últimos añosSobre esas afinidades, véase Stephan R. Epstein, *Libertad y crecimiento. El desarrollo de los estados y de los mercados en Europa, 1300-1750*, trad. de Salustiano Moreta y José Ramón Gutiérrez, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2009, pp. 22 y ss. Y lo mismo se podría decir de Ernest Maurice de Saint Croix, que insiste en que «la posición legal (derechos constitucionales o, por utilizar el término alemán, *Rechtsstellung*) es uno de los factores que pueden ayudar a determinar una clase», *op. cit*., pp. 60-61..

El marco conceptual de instituciones y comportamientos racionales proporciona una suerte de álgebra universal de estrategias analíticas, y la teoría económica, con sus deficiencias, ha contribuido mucho a perfilarlo. Su potencial explicativo tiene bastante más que ver con esa circunstancia, con la posibilidad de contemplar variaciones a partir de un austero núcleo conceptual, que con una supuesta pretensión de «rehabilitar el proyecto platónico-hegeliano de construir una ciencia en sentido estricto y prácticamente universal». La crítica a la irrealidad de algunos de sus supuestos, de sus aplicaciones incondicionales, de sus formalizaciones gratuitas, no es incompatible con ese reconocimiento. Quizá no hay mejor prueba de ello que programas de investigación como el citado de Samuel Bowles y Herbert Gintis que, como decía, recogen muchas de las inquietudes de Rendueles cuando vuelve su mirada a la teoría social, incluida la aspiración a una ciencia social unitaria. Eso sí, con teoría de la racionalidad, realismo antropológico, sólidas y sensatas modelizaciones, incluidas modelizaciones computacionales de sociedades artificiales, «idealistas», por definición.

En construcción

El libro está escrito a partir de materiales previos. Y uno diría que sucesivos, no en la obvia secuencia temporal de la escritura, sino en la elaboración del pensamiento. No es, por así decir, el Hegel de 1807, el de la *Fenomenología del espíritu*, que, desde un saber ya consumado, definitivo y absoluto, despliega su conocimiento, sino el Marx de los *Grundrisse*, unos borradores, notas de lecturas y de preocupaciones, que van tomando cuerpo a la vez que se escriben. Una reflexión en construcción, «en bruto», como justamente reza el título. Se percibe en pasos manifiestamente dubitativos; por ejemplo, cuando, inmediatamente después de reconocer que «las aporías de la teoría del valor de Marx son insuperables», apostilla una apreciación que prácticamente niega lo dicho: «[las aporías] se ven muy atenuadas cuando se observan desde la perspectiva del análisis institucional». La consideración siguiente no mejora las cosas: «la economía marxista es muy deficiente en términos de modelización, pero muy potente cuando se le inyecta historicidad».

Se hace difícil seguir al autor en esas líneas. El (supuesto) dilema entre institucionalismo y formalización se ve desmentido por la obra de varios premios Nobel, y hasta por economistas marxistasEntre otros, los citados economistas («marxistas») del Instituto de Santa Fe en sus manuales: Samuel Bowles y Herbert Gintis, *A Cooperative Species. Human Reciprocity and Its Evolution*, Princeton, Princeton University Press, 2013; y, especialmente, Samuel Bowles, *Microeconomics. Behavior, Institutions, and Evolution*, Princeton, Princeton University Press, 2006., y la modelización, antes que otra cosa, ayuda precisamente a detectar los problemas al mostrar la anatomía de supuestos implícita en los argumentos. En el caso de Marx, con la ayuda de modelos, de herramientas formales, distintos economistas matemáticos han identificado lagunas y mejorado conceptosLos neorricardianos y Michio Morishima (op. cit), con álgebra matricial; John Roemer, con teoría de juegos (*A General Theory of Exploitation and Class*, Cambridge, Harvard University Press, 1982). No sin controversias, acerca de si en el camino se pierde contenido conceptual, Anwar Shaikh, «Neo-Ricardian Economics: A Wealth of Algebra, A Poverty of Theory», *The Review of Radical Political Economics*, vol. 14, núm. 2 (1982), pp. 67-83.. En todo caso, lo que es seguro es que las inyecciones de historicidad no permiten resolver las aporías. Sencillamente, se trata de dos asuntos distintos: las (posibles) insuficiencias analíticas de una teoría económica, un reto normal de la ciencia social, y el trabajo historiográfico, un género (distinto) que puede y debe hacer un uso instrumental de los modelos.



El capítulo final ejemplifica bien las virtudes y los problemas de la obra: en particular, el tono dubitativo de tesis que no acaban de precisarse. En esas páginas se realiza una sensata reclamación de naturalismo antropológico, nada original para cualquier lector familiarizado con la producción académica de los últimos veinte años, pero bastante excepcional en una tradición en perpetuo coqueteo con el buen salvaje, degradado por el capitalismo, cuando no con la *tabula rasa*, con la tesis de que somos cultura y no natura, de que venimos al mundo con la mente en blanco y es la sociedad la nos malea o catequiza, y su inevitable compañía prescriptiva: hay que forjar un hombre nuevo socialistaO de la ingeniería genética. Si no es porque ese conocimiento no estaba disponible en 1924, uno diría que en eso parecía estar pensando Trotski en líneas que anticipan los debates posthumanistas. Permítanme una cita extensa: «Si la naturaleza del hombre se halla oculta en los rincones más oscuros del inconsciente, ¿no es lógico se dirijan en esa dirección los mayores esfuerzos del pensamiento que busca y que crea? El género humano, que ha dejado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el Capital, ¿deberá capitular ante las leyes oscuras de la herencia y de la ciega selección sexual? […] El espíritu de construcción social y la autoeducación psicológica se convertirán en aspectos gemelos de un solo proceso. Todas las artes –la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música y la arquitectura– darán a este proceso una forma sublime. O, más exactamente, la forma que revestirá el proceso de edificación cultural y de autoeducación del hombre comunista desarrollará hasta el más alto grado los elementos vivos del arte contemporáneo. El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio y más sutil. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más melodiosa. Las formas de su existencia adquirirán una cualidad dinámicamente dramática. El hombre medio alcanzará la talla de un Aristóteles, de un Goethe, de un Marx. León Trotski, *Literatura y Revolución*, 1924, p. 123. No era el único. Por aquellos mismos años, científicos competentes con simpatías comunistas (John D. Bernal, J. B. S. Haldane) se expresaban en términos parecidos.. Rendueles, una vez más, acierta al reconocer la importancia de atender a lo que

sabemos sobre nuestra especie. Para explicar el mundo social, es importante conocer la naturaleza humana: saber qué queremos; sí somos egoístas o generosos y, si lo somos, con quien y en qué ámbitos de actuación; cuánta información podemos procesar y con qué eficacia y fiabilidad; cuáles de nuestros comportamientos son pautados, cuándo vamos a piñón fijo y cuándo le damos dos vueltas a nuestras intuiciones más básicas. Es importante para explicar y, aún más, para cambiar el mundo, sobre todo nuestro mundo de recursos limitados. Si se asume, con Marx, que el comunismo está asociado a la abundancia, no hay que preocuparse mucho de la naturaleza –insaciable o egoísta– de nuestra especie: si hay de todo para todos, no hay intereses enfrentados, cada cual tiene lo que quiere y no aparecen problemas de justicia distributiva. Con recursos infinitos se resuelve trivialmente el test de la envidia de la teoría de la justicia: una sociedad es justa cuando nadie desea lo que los otros tienen, porque, de desearlo, podría tenerlo. Con abundancia, las utopías se abaratan. Pero ahora, cuando ya sabemos que, en un horizonte previsible, cualquier sociedad ha de enfrentarse al reto de la escasez de recursos en alguna de sus variantes, es imprescindible saber qué podemos esperar de nuestros congéneres. En ese sentido, Rendueles –aunque no se interesa por los aspectos normativos mencionados– atina con el problema y también al buscar las respuestas en reflexiones naturalistas, ajenas a la propia tradición, en lugar de regurgitar literatura endogámica. Sin duda, también ahora sabe hacia dónde orientar el foco.

Otra cosa es que parezca demasiado preocupado por preservar la tradición heredada (cuando no por defender la superioridad del materialismo histórico respecto a la teoría social). Inevitablemente, siempre se piensa desde cierta perspectiva, en cierta trayectoria; pero esa circunstancia, obvia, no impide desprenderse de lo que no sirve. Y a Rendueles parece costarle deshacerse de ciertos lastres. Tanto como ser receptivo con otros productos que, simplemente, no caben –o no cree que quepan– en su guion. Lo primero le conduce a empantanarse en defensas estériles, como en el ejemplo citado de las «aporías atenuadas». Lo segundo, a despachar precipitadamente teoría social «ajena» con descalificaciones genéricas y juicios sumarios que no resisten el contraste con el conocimiento fiable, accesible no digo ya en revistas especializadas, sino en unos cuantos blogs de divulgación bien informada. Suele suceder cuando la voluntad de sistema se impone a cualquier otra consideración, sobre todo entre filósofos ?si me permiten adaptar una fórmula de Thomas S. Kuhn– de mentes leibnizianas, con una natural disposición a ahormar en un guion único todo aquello con lo que simpatizan y, como decía más arriba, a empaquetar en otro lote único todo lo que detestan. Por lo general, es señal de vigor filosófico en el pensar. Pero quizá no es la disposición más aconsejable en la hora de los balances, entre otras razones porque, con frecuencia, el afán de salvar el sistema complica el reconocimiento de los problemas: un sesgo cognitivo bien conocido, frecuente, incluso, en la mejor ciencia y entre las mentes más honestasRaymond S. Nickerson, «Confirmation Bias: A Ubiquitous Phenomenon in Many

Guises», *Review of General Psychology*, vol. 2, núm. 2 (1998), pp. 175-220.. Más bien parece que estos son tiempos para modestas disposiciones baconianas, para el inventario paciente de retos y de resultados que, acaso, algún día puedan encajar en sistemas teóricos de altos vuelos. O no, si tenemos en cuenta que el conocimiento social más interesante parece avanzar, antes que por la gran teoría, por la obtención de modestas explicaciones, de hallazgos locales. Tiempos de historias naturales. No parece mucho, pero, a la espera de que madure alguno de los periódicos que entusiasman regularmente a ciertos científicos sociales (desde la teoría de sistemas hasta los *big data*, pasando por la teoría de catástrofes o la del caos, hemos visto muchos), es lo que hay.

Quienes, como los marxistas tradicionales, aspiraron no sólo a una teoría de la historia, sino a una filosofía completa, sin dejar escapar ningún departamento universitario (incluidos los de Lógica y los de Estética), difícilmente encontrarán consuelo en el reconocimiento de que ciertas teorías parciales (sobre la explotación, las clases sociales) entroncadas con la obra de Marx han podido iluminar –siquiera conceptualmente– ciertos procesos sociales. Tampoco creo que les mejore su ánimo el recordatorio de que esos desarrollos, si valen, es simplemente porque forman parte del activo de la ciencia social y que, por lo mismo, muy probablemente, están llamados a ser superados o abandonados. Ni siquiera es seguro que los más doctrinarios entiendan lo que eso significa: se han educado en una tradición en la que la idea de resolver –o disolver– un reto intelectual no se contempla. No conciben nada parecido al experimento de Michelson-Morley o la paradoja de Russell, nada que invite a dudar de los fundamentos y les sitúe frente a problemas nuevos. Allí todo ha sido recocerse en la propia salsa, volver sobre lo mismo y no atender a lo que hacen los demás.

Rendueles, por supuesto, no comparte ese tóxico estilo mental. Para ser justos: camina en dirección contraria. Está atento a lo que pasa en el mundo, como confirmó en *Sociofobia*, y, cuando, como en este libro, eleva el vuelo sobre los fundamentos, se muestra atento a las mejores reflexiones. La duda es si con eso basta cuando el reto que le ocupa –la reivindicación del materialismo histórico– es la joya de la corona de una tradición que no siempre se ha mostrado dispuesta a reconocer los problemas e, incluso, al politizar las objeciones, ha dramatizado hasta el delirio las discrepancias, como si el futuro de la humanidad se jugara en cada tesis filosófica (recuerden: «La filosofía es la lucha de clases en la teoría»). Cuando se participa de esa disposición y esa inercia, no resulta sencillo mirar limpiamente a una teoría social que, en contra de los tópicos, presenta resultados solventes. Lo más común en tales casos es la escasa receptividad, la impermeabilidad, el «a mí me lo vas a contar». Si acaso, cuando alguna cosa sirve –o pueda utilizarse, por ser más preciso– para apuntalar la doctrina de siempre, se echa al capazo sin preocuparse mucho por el orden de lo que allí se deposita. Y poco más. Frente a lo demás, la sospecha y el prejuicio.

Félix Ovejero es profesor de Ética y Economía en la Universidad de Barcelona. Sus últimos libros son *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo* (Barcelona, Tusquets, 2005), *Contra Cromagnon. Nacionalismo, ciudadanía, democracia* (Barcelona, Montesinos, 2006), *Incluso un pueblo de demonios. Democracia, liberalismo, republicanismo* (Buenos Aires/Madrid, Katz, 2008), *La trama estéril. Izquierda y nacionalismo* (Mataró, Montesinos, 2011), *¿Idiotas o ciudadanos? El 15-M y la teoría de la democracia* (Barcelona, Montesinos, 2013), *El compromiso del creador. Ética de la estética* (Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2014) y *La seducción de la frontera. Nacionalismo e izquierda reaccionaria* (Barcelona, Montesinos, 2016).

Autor: César Rendueles

Edicion: Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016

Paginas: 128 pp. 14 €

Titulo: En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico